

ALADA

MAR GONZALEZ ALBERTO

Ella era equilibrada, distinta, exactamente el renuevo que mi sangre precisaba. Ya lo sé papá, me lo has contado en numerosas ocasiones y salvo mínimas variaciones siempre me has dicho lo mismo. Esta vez es distinto Ana pues hoy voy a contarte la verdad, algo que nunca creí que tendría que hacer. En aquella época, yo ya pasaba de los treinta años, trabajaba como médico en un importante hospital, pero papá, eso ya lo sé. Por favor Ana, ya es bastante difícil para mí contarte esto, déjame que lo haga a mi manera, por favor. Está bien, continúa. Era un soltero recalcitrante, se me había pasado un poco el arroz y mucho las esperanzas de encontrar a la mujer de mi vida. Estaba desencantado con las mujeres pues veían en mí más un trofeo que a la persona que había dentro. Papá, que melodramático. Sonríó apenas, sin ganas. Así era cómo me sentía, ya verás dentro de un tiempo si no es por ese motivo será por otro, pero también pasarás por ese tipo de fases. Ya salió el filosófico me responde mi hija y yo a mi pesar río abiertamente. Cómo te iba diciendo todavía era costumbre ir a honrar a tus muertos y yo visitaba el cementerio frecuentemente. Fue una de estas veces cuando me encontraba delante de las tumbas de mis padres cuando oí un gran estruendo a mis espaldas, intrigado empecé a merodear por los pasillos adyacentes hasta que llegué a la zona de panteones y allí en el suelo hecha añicos había una estatua que se había caído de su pedestal. No sabía qué hacer pero algo me impulsó a recomponerla, no sé si sería por defecto profesional o algo más profundo que aún hoy no entiendo. Pero papi, ¿qué tiene esto que ver con lo que le pasa a mamá? Escúchame y ten algo de paciencia conmigo ¿de acuerdo? Vale, sigue. Como te estaba diciendo, me puse a encajar las piezas como si de un gran puzzle se tratase y al ensamblar el último pedacito me sentí satisfecho, como si hubiera hecho algo bueno. Estaba incorporándome para ir a avisar al guarda de lo que había sucedido cuando escuché su voz por primera vez. ¿Qué me ha pasado? Papá, ¿me estás diciendo que la estatua te habló? No, te estoy diciendo que tu madre me habló. No entiendo nada, ¿Acaso apareció alguien más? No, sólo ella. ¡Papá! eso no puede ser verdad. Te lo estás inventando. ¿Acaso estás enfermo tú también? Por favor Ana, ya es bastante complicado contártelo pero con tus interrupciones aún lo es más. Está bien papá, perdona, pero por lo menos podrías reconocer que suena a increíble. Es cierto, lo reconozco, porque esa fue la sensación que tenía cuando me volvió a hablar ¿Dónde estoy? No sé cuál de los dos estaba en más estado de shock, si ella que era una página en blanco o yo que de alguna forma le había dado vida. Papá ¿Me estás diciendo....? Sí, tu madre despertó, volvió a la vida, o cómo quieras llamarlo, donde momentos antes solo había un objeto ahora había una persona. Por unos momentos ambos enmudecimos. Ella sin terminar de creer lo que le estaba contando pero viendo la verdad en mis ojos. Se encogió sobre sí misma en el sillón y empezó levemente a temblar. Ana, ¿Estás bien? No mucho, pero continua, por favor. Me levanté y me senté junto a ella, le pasé el brazo por los

hombros y la abracé, cómo hacía mucho tiempo que no lo hacía. ¿Por dónde iba? Ella no sabía quién era y tú no sabías qué hacer. Ah, sí, debido a mi entrenamiento médico reaccioné de la única manera que sabía, la cogí en brazos la metí en el coche y la llevé a urgencias. Allí di mis datos, contándoles a los enfermeros que me la había encontrado desvanecida en la calle y que al ver que parecía tener amnesia la había trasladado hasta aquí. Procuraba pasarme por su habitación cada vez que tenía un hueco pues sabía que nadie la iba a reclamar. Al mismo tiempo ojeaba los periódicos preocupado porque por esos días se hablaba de la extraña desaparición de una estatua en el cementerio. ¿Y qué ocurrió? Su tono ya era bajito y sonaba asustado. La abracé más fuerte y la besé en la frente. Nada, el robo se lo achacaron a unos vándalos y pude respirar tranquilo. Con tu madre las cosas iban despacio, tranquilas. Ya no había razón para tenerla en el hospital ocupando una cama y le dieron el alta. Ella estaba muy preocupada pues no sabía a dónde iría al salir, sin dinero, sin casa. Entonces torpemente le ofrecí mi hogar, sin compromiso por supuesto, aunque le aclaré qué por mi parte sí había sentimientos. Para mi sorpresa me echó los brazos al cuello y me dijo que por la suya también. ¿Ya está? ¿Eso es todo? No hija, eso ha sido todo hasta hace un mes cómo sabes. Tú madre empezó a tener esas horribles pesadillas y a gritar “se acaba el tiempo” “se acaba el tiempo”. Al principio pensé que era un poco de depresión o de ansiedad, menudo médico estoy hecho, hasta que caí en lo que quería decirme aunque ella no supiera de qué se trataba. Pues aunque te cueste creerlo nunca tuve el valor de revelárselo a ella. ¿Y ahora que va a pasar? Debemos salir al jardín. Instintivamente nos cogimos de la mano. Salimos a la noche y nuestros pies tocaron el césped. La brisa rozó mi cara con un toque cálido que me hizo recordar la tibieza de su mano en mi cara, su cuerpo adosado al mío como siameses. El sonido de su risa manando de su boca como una cascada. Suspiro, nunca más volverá a ser nada igual. Llegamos al centro donde había una figura tapada con un gran lienzo. Juntos lo deslizamos y desde arriba nos miraba una estatua de ángel con la cara de mi madre.